





# LA MADRE ETERNA

*Maresia Eureka, 2*



BETTY MILAN

LA MADRE ETERNA

Nadie te prepara para ser  
la madre de tu madre

Traducción de Mercedes Vaquero Granados

  
MAREZIA  
*libros*

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2017  
TÍTULO ORIGINAL: *A mãe eterna*

© Betty Milan, 2016

Published by special arrangement with The Ella Sher Literary Agency,  
www.ellasher.com, working in conjunction with Villas-Boas & Moss  
Literary Agency & Consultancy

© DE LA TRADUCCIÓN: Mercedes Vaquero Granados, 2017

© DE ESTA EDICIÓN: Maresia Libros, 2017

Sardenya 181, 4º 1ª – Barcelona, 08013

Tel.: 93 1924684

info@maresialibros.com

www.maresialibros.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA: Eduard Serra

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN: Gráficas Rey

ISBN: 978-84-946054-6-8

DEPÓSITO LEGAL: B. 3.634-2017

Impreso en España – Printed in Spain

La editorial autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente,  
por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando  
sea para uso personal y no con fines comerciales.

*Para Nathália Timberg*





*Ya no puedo abrirme con mi madre, oye poco y casi nada le interesa. A causa de su avanzada edad, ha dejado de ser quien era. Para sobrellevar la pérdida, escribo a una interlocutora imaginaria, una interlocutora capaz de un amor incondicional.*

*La escritura es un recurso vital cuando no es posible compartir las palabras y a falta de un destinatario deseado inventamos otro. La primera frase que escribí fue «Si yo pudiese...». Guardé el cuaderno en un cajón hasta que el resto del texto se impuso... quizá para salvarme.*



**Si** yo pudiese volver a darte la vida... hacerte nacer de mí como yo nací de ti... No dejo de desear lo imposible. A pesar de tus 98 años, no soporto perderte. Yo, que sé del fin de todo, no me conformo con tu punto final. ¿De qué me sirvió leer a los budistas y saber que todo cambia, que «las causas y condiciones varían de continuo»? O que la vida es un «flujo de creación, transformación y extinción... y nada permanece». Sé que solo la impermanencia posibilita la renovación del universo, pero el corazón no acompaña a la cabeza.

Creo que puedo curarte las manos si yo misma te extiéndiendo la pomada en los dedos, imprimiendo en ellos mi ritmo. Lo creo, aunque hace años que han sido tomadas por una micosis. Parecen las manos de una mendiga.

Tú, toda encorvada y más pobre que los más pobres, más desposeída, pues tu esperanza de vida es menor. A lo que se suma que, por mucho que digas y repitas que estás preparada para morir, no aceptas la muerte.

Nunca supiste qué es estar enferma. Necesitaste de la vejez para estar «preparada». Saber que la muerte podía alcanzarte en cualquier lugar y que, por tanto, tenías que estar lista para ella. Pero no bastó. La lectura de los clásicos es insuficiente.

Cuando afirmas que quieres morir, me digo que lo mejor sería que no sufrieras. Sin embargo, procuro silenciar tu voto:

—¿Quieres algún medicamento para marcharte? Te puedo procurar uno.

Me escuchas y guardas silencio. No sé si lo digo para que te calles o porque ya no soporto ver lo que el tiempo ha hecho contigo... percibir la ruina en la que te has transformado. Ya no levantas los pies al andar, los arrastras. Caminas precedida por tu cabeza, a causa de la columna... pareces un monolito ambulante. Cuando te sientas, tengo la impresión de que no vas a volver a levantarte.

Lo cual me da pena, o me causa horror —el horror de lo que puedo llegar a ser—. Ignoro si la compasión, que los religiosos preconizan y alcanzan, es el resultado de un esfuerzo heroico o de la negación de la realidad. ¿Será que ellos ven lo que miran?

¿Por qué tú y yo tenemos que pasar por todo esto? La extraña pregunta de mi hijo pequeño resuena hoy en mi oído y adquiere sentido:

—¿Con qué derecho, mamá, me diste la vida?

**No** me ocupo de los cuidados físicos que necesitas, pero me complace leerte lo que deseas oír. A medio metro de ti y justo en frente. Para que, viendo mis labios y mi expresión, entiendas lo que escuchas y tu rostro se ilumine. En esos momentos me siento poderosa, tanto como tú debiste de sentirte durante los meses en que estuve en tu vientre y necesitaba de tu protección... en el tiempo en que yo no era más que una promesa.

Para sobrellevar la pérdida, aun sin viajar, me expatrio. Tomé un oporto y me vi sentada en el café más antiguo de Lisboa, el Terreiro do Paço. Recordé las arcadas amarillas que circundan la plaza, la estatua ecuestre de bronce con la pátina verde y bajé hasta el muelle de las columnas, por donde antiguamente los monarcas entraban en la ciudad. Fui descendiendo los escalones sin prisa, hasta oír el murmullo del Tajo y avistar el horizonte.

Poco después del último sorbo, recibí una llamada de la empleada de hogar. Me explicó que tus manos habían me-

jurado. Supe que el tratamiento que te puse había resultado eficaz. Pero, paradójicamente, no me alegré. Tu dependencia no puede alegrarme. ¿Qué hija querría ser la madre de su madre? Esta pregunta no significa que no esté dispuesta a «cumplir con mi papel». Estoy lista para lo que sea necesario, pero, quiera o no, sufro. No soy ningún monje, ningún sacerdote.

Mi deber me exaspera, porque me impone un luto. Nada fue mejor que ser tu hija en los tiempos en que aún podías facilitarme la vida. De repente, no obstante, la mejor de las madres ya no puede hacer nada. Si quieres hacerme un regalo en forma de dinero, me pides antes que cuente los billetes del monedero:

—Mira a ver cuánto tengo...

No recibo tu dádiva sin dejar de advertir tus carencias y me digo que habría sido mejor no percibir nada.

**Hoy** te has presentado en mi casa viniendo en un taxi especial. Has tocado varias veces el timbre, expeditiva, y has entrado llamándome y seduciendo a la nueva chica de la limpieza:

- ¡Qué muchacha tan guapa! ¿De dónde has salido?
- De aquí mismo.
- Eres bonita porque eres joven. ¿Cuántos años tienes?
- Veinticuatro.
- Toda una vida por delante.
- No sé.
- Pues yo tengo noventa y ocho.
- ¿En serio?
- ¿Está Ana Lucía? Soy su madre.
- Un momentito. Voy a llamarla.

Me enfadé al verte en el comedor. ¿De verdad no te das cuenta de que no puedes salir de tu casa sin ir acompañada? ¿De que pones tu vida en peligro? ¡Has venido sola en taxi!

—La próxima vez que te presentes sola te envío de vuelta a tu casa. ¡No vuelvas a hacer algo así!

No hiciste caso a lo que dije y, antes de que me diera tiempo a protestar, me lo hiciste pagar con una pregunta:

—¿Por qué no has ido al entierro de mi amiga? Llamé a tu casa y no atendió nadie. He estado todo el rato sola en el velatorio. Sabías lo del entierro... te avisó su hijo.

—Es cierto, lo sabía. No fui, no pude. La reunión de trabajo duró más de lo que esperaba. Le he enviado una nota al hijo de tu amiga.

—¿Qué dice? Quiero ver si has sido capaz de consolar al joven.

—«Conozco el luto, la tristeza. Pero tu madre no ha dejado de existir porque haya dejado de vivir. Nunca será olvidada.»

Te diste por satisfecha, diciéndote tal vez que yo nunca me olvidaré. Sin embargo, la vida será más fácil cuando ya no estés. No tendré miedo de que te suceda algo malo.

Al salir, diste un traspiés con el umbral de la puerta y no te caíste de milagro, gracias a que la asistenta te sujetó. Menos mal que la cautivaste al entrar. El tropiezo no significó nada para ti, que te enderezaste y te marchaste. Ya sea por no haberte dado cuenta del paso en falso, o porque eso no supuso ningún problema para ti.

No sé bien qué debo pensar de lo sucedido. Se lo conté a mi hermano.



—¿Por qué no respetas la libertad de mamá?

—¿A qué libertad te refieres? ¿A la libertad de que tro-  
piece, se caiga y se haga daño?

¿Cómo es incapaz mi hermano de ver la realidad? No comprende que puedes herirte a ti misma. Temo, incluso, que tu verdadero problema sea la falta de autocrítica. No eres consciente de que ya no estás en condiciones de ir y venir. ¿O sí las tienes y soy yo quien está equivocada? Ya te has caído muchas veces. Al salir, te pueden atropellar; es más, en una ciudad como la nuestra, hasta podrían secuestrarte. Si pasara algo así, ¿cómo iba a quedarme yo cuando me llamaran para que acudiera en tu ayuda? Tú tirada en medio de la calle... la pierna hecha trizas. Tú en manos de un secuestrador... ¿Cómo iba a quedarme yo si tuviese que negociar con un criminal?

—¿Diga? ¿Qué? ¿Que la han secuestrado? No es cosa mía, no estoy aquí... que vaya bien.

No me das un respiro. Solo lo tendría si pudiera atarte, y probablemente ni así, porque encontrarías el modo de escapar a mi control.



**Ayer** te presentaste en casa sin avisar. Hoy lo has hecho en mi despacho, has entrado sin preguntar si podías o no y, con tu simple presencia, has suspendido una reunión de abogados que acababa de comenzar, por estar segura de que tu hija tenía que estar disponible para ti.

Tú consideras que es un derecho llegar así como así, pues siempre has estado disponible. No digo que no pedí nacer solo porque es absurdo y porque, sabiendo que no razones, no puedo responsabilizarte de tus actos.

En la mesa, quieres que te sirvan a tu antojo. Exiges que añada sal y vinagre en una ensalada ya bien aliñada. Más aún, que te ponga cuatro cucharadas de azúcar en el café. ¿El médico? Pues...

—¿Tanto azúcar? ¿En serio?

—No me fastidies. Cuatro cucharadas, ya te lo he dicho. ¿Por qué te preocupas? Déjame en paz. Alcánzame el azucarero.

Te lo acerco, mientras considero que no fue gracias al médico que has llegado a los 98 años y que siempre has sido cabezona, aunque tu cabezonería ahora sea diferente... descontrolada, impulsiva. Winston Churchill después de la caída...

Pensándolo bien, no es casualidad que se me haya ocurrido la imagen de ese primer ministro. Churchill venció su dificultad para hablar en público y se convirtió en un gran orador. Aún no han caído en el olvido los discursos que mantuvieron al pueblo británico cohesionado durante la Segunda Guerra Mundial. «No tengo nada más que ofrecer que sangre, ímprobo esfuerzo, lágrimas y sudor... Jamás capitularemos.»

Al igual que el primer ministro —salvando las distancias—, no has dejado de superarte. Tienes una confianza inquebrantable en ti misma y te distingues por tu capacidad de superar obstáculos y resistir.

Deseabas casarte con papá. Alegando los muchos años que a él le quedaban para licenciarse, tu madre insistió en que cambiases de rumbo. Pero tú, como las amantes clásicas, respondiste que esperarías el tiempo que hiciera falta: el novio era tan singular como tu amor por él. Venciste por ser capaz de un amor mayor que la vida.

Más tarde, resististe la muerte del amado confiriéndole el don de la ubicuidad. Donde quiera que estés, él está contigo. Quizá sea por eso por lo que me pides quedarte a

solas... a solas con tu amado, cogidos de la mano en el cine,  
bailando un tango en Buenos Aires, escuchando a Piaf cantar *La vie en rose*: «*C'est lui pour moi / moi pour lui dans la vie / il me l'a dit m'a juré pour la vie*».<sup>1</sup>

---

1. «Él es para mí / yo soy para él en la vida / Él me lo dijo, lo juró por la vida.»